

menudamente unas rayas con otras, manifieste un perfecto grano que tendrá más hermosura cuanto más pequeño. Le da con una corcha por la carnaza flor adentro, para redondear dicho grano; luego dobla el tafilete por largo sobre el tablero flor adentro, y con una piedra pómez acaba de limpiar la carnaza, quedando ésta bastante blanca, y ya queda hecho el tafilete y en estado de usar de él para lo que se necesite, debiendo advertir que para entregarlo ha de estar sumamente seco, pues la más mínima humedad lo pone en estado de no poderse recibir.

879

Ante.

Casi todas las pieles conocidas son buenas para hacer ante. sean de bueyes ó vacas, terneras, búfalos, venados, gamos, corzos, perros, gatos, lobos, caballos, mulas, burros, osos, leones, tigres, machos cabríos, cabras, carneros, ovejas: todos son útiles para este efecto.

Al elegir las se cuidará de que no estén averiadas, porque han de sufrir muchas operaciones. Se trabajan tres clases de ante, uno llamado vaquerizo para fornituras á la tropa, que se hace de cueros de buey ó vaca; otro de gamo y venado; este es más fino que

el antecedente; pero no de las reses que tienen entre cuero y carne cantidad de reznos, llamados vulgarmente barro, los cuales taldran la piel de tanta forma, que cada uno hace un agujero. La tercera clase es la de macho cabrio, mucho más fina, pero menos sólida que las dos anteriores.

Quitada la piel de la res y supuesto su rendido, se la introduce en un pelambre con agua y cal, hasta que se vea que suelta el pelo. En este estado y sobre una tabla convexa que tenga como tres pies y medio de largo y tres cuartas de ancho, se le quita el pelo con un cuchillo de madera, procurando que esta primera operación se haga con cuidado. Quitado el pelo, se echa en otro pelambre con cal nueva y agua, se levanta diariamente hasta que se observa que la cal ha perdido su fuerza, y se introduce en otro también con cal nueva y se levanta todos los días. En esta operación se emplea como mes y medio en tiempo frío y uno en el de calor, al cabo de cuyo tiempo habrá engordado la piel lo suficiente, y con facilidad soltará la flor.

Estando la piel con la cal que necesita y sacada del último pelambre, se echa en un tiesto con agua con el fin de que suelte la cal que tiene en su superficie. La toma el oficial, y sobre una tabla ó trozo de nogal terso, la descarna, quitándole también el sebo, orejas é inmundicia que contenga; la vuelve flor

arriba sobre la misma tabla, y con el mismo cuchillo la va poco á poco desflorando ó escodando (1) con igualdad, advirtiéndole que en la parte más gruesa ha de meter el oficial un poco más el cuchillo que en la parte más delgada.

Mientras tanto que se está desflorando la piel, habrá dispuesta otra vasija con agua clara para echarla en salvado, empleando para cada cien pieles una fanega. Se toma la piel, se le mete flor arriba en el agua de la vasija ó tiesto, y sobre ella se echan dos ó tres puñados de salvado menudo. En este estado se las deja tres, cuatro ó más días sin moverlas, hasta que hayan subido encima del agua, que entonces se las da vuelta con una vara. Pasado este tiempo y sobre la misma tabla, se las da una mano con cuchillo boto de hierro por carne y flor: se las vuelve al mismo tiesto, y sucesivamente se les dan hasta seis manos en la forma que la primera. Se las deja fuera del tiesto, y con un torcedor de hierro se las tuerce de manera que suelten toda el agua de la breñada que contienen; y con esto se tendrán en estado de ser abatanadas, que es lo mismo que si fueran curtidas. Los batanes de paño son los únicos que sirven para abatanar el ante: se le dará sin embargo al batán la fuerza nece-

(1) Llámase *desflorar* ó *escodar*, quitar á toda piel su flor para que no esté compacta.

saria según la clase de la piel, pues la de buey ó vaca necesita mayores golpes, y la de reses menores, golpes menos fuertes de los mazos.

Repartidas las pieles por igual en las pilas del batán, se las dan golpes de mazo por espacio de unas dos horas, estando siempre un operario dándoles vuelta y esparciéndolas en dichas pilas sin sacarlas de ellas. En este estado, ya se tendrá dispuesto un caldero con aceite de sardinas, y con la mano va rociando dichas pieles en las mismas pilas, de manera que todas participen de él. Seguirá el golpeo de los mazos por cuatro horas, y luego que hayan absorbido las pieles el aceite se para el batán, se las saca de las pilas, y se las tiende al aire libre en una pieza ventilada sobre unas sogas, por sólo el espacio de tiempo que medie entre tender la última é ir recogiendo la primera. Se las introduce después en las mismas pilas, sigue el golpeo del batán por seis horas, se las rocía con aceite; se ponen al viento segunda vez, del modo que en la primera, se las recoge, y en un arcón largo de madera se tienden unas sobre otras y se arropan con unas mantas si fuese tiempo frío, y si es caliente no necesitan de esta precaución. Estarán de esta suerte cuatro ó cinco horas; pero sin que el batanero deje de cuando en cuando de meter la mano en el arcón, observando si toman demasiado calor, que en tal caso deberá sa-

carlas de él y esparcirlas por la pieza. Luego se vuelven al batán, y en la forma que al principio, se las dará golpes y rocíos de aceite y viento. En estas operaciones se gastarán, si fuese en invierno, de ocho á diez días, y en verano seis. Para conocer si dichas pieles están ó no curtidas, se ha de mirar si han tomado mucho cuerpo y consistencia, y si su color es semejante al de yema de huevo encendida; que estando en este punto, así interior como exteriormente, lo cual se conocerá cortando un pedazo de su cabeza, no se les dará más batán. Se pondrán en una pieza que no esté húmeda, y se las tendrá todo el tiempo que se quiera, antes de rematarlas, pues en este estado no se deterioran ni corrompen.

Después de un mes lo menos de abatana- das las pieles, se tendrá dispuesta una vasija con agua de lejía que se hace con ceniza de encina ó de roble, puesta en un barreño que tenga en el fondo algunos agujeros, que e- hándole agua destila dicha lejía por filtración en otro que estará debajo. Se introducen en esta referida vasija las pieles que quiera el fabricante rematar, y las deja en ella el tiempo necesario hasta que se hayan ablandado. Luego sobre una troza ó tabla de nogál bastante sólida las remella (1) en

(1) Remellar es quitar con un cuchillo muy cortante á las pieles de ante, después de abatanadas.

esta forma: toma el oficial la pieza, la pone sobre dicha tabla, flor arriba, y con cuchillo cortante de hierro le va con gran cuidado derribando la refior que le quedó en el escodado. Remellada en la forma que va dicha, se calienta una caldera de agua de lejía: se echa en otro tiesto, en el cual, y estando algo templada, se introducen las pieles. Se lavan, y luego en el mismo torcedor de hierro con que se les extrajo la breñada, se tuercen muy bien hasta que sueltan todo el aceite que percibieron en el batán y quedan sus poros sin impedimento alguno. Si se observase que á la primera torcedura no ha salido bien el aceite, se repetirá hasta conseguirlo, y esta operación se llama sacar de aceite. Se las tiende á secar al aire, y estando casi secas se las reabre en un palete (1) de hierro fijado en el suelo. Se las raspa por flor y carne hasta dejarlas igualadas en color y pelo, y luego con una piedra pómez se las recorta éste hasta que estén brillantes, y ya queda rematada una piel de ante de su color natural.

aquella parte de flor (llamada en el ante refior) que no pudo salir en el escodado ó desflorado, y que luego se descubrió con los golpes del batán.

(1) *Palete* es una cuchilla de hierro en figura de abanico, con un cañón de lo mismo en la parte inferior, que entra en una espiga de madera fijada en la tierra; por la parte superior es mucho más ancha y ovalada, aguda, aunque sin filo: éste lo tiene cortante por el costado de enfrente.

880

Ante negro.

En una caldera se pondrán los cubos de agua que pueda contener, no llenándola del todo: para cada cubo se echan seis onzas de palo de Campeche bien picado, y se le da fuego hasta haber mermado una cuarta parte. En este estado se le quita el fuego, se saca la tinta de la caldera y se echa en una tinaja ó barreño vidriado. Con el Campeche que ha quedado cocido, y que se llama recocho, puede hacerse otra porción de tinta, volviéndolo á cocer con la mitad de la dosis de agua que queda dicha.

Las pieles que se han de teñir de negro se van introduciendo una á una en una artesa ó en donde se hayan echado como dos azumbres de la tinta de Campeche que siempre ha de ser fría. Remojadas en ella, se las tuercen ligeramente y se las tiende al sol en unas sogas hasta que se sequen. En este estado, se les dan las manos de Campeche necesarias hasta conseguir que en todas sus partes hayan tomado el mismo color de la tinta, pues en este tiempo ya pueden pasar á otra operación.

881

Pieles ó baldeses (1).—Curtir

Distínguense los baldeses en dos clases, los de agujetería y los de guantería. Estos piden mas atención por ser los que se aplican á colores. Unos y otros se fabrican en esta forma.

Los cazos destinados á baldeses han de tener bastante sazón de cal, porque como los mejores han de servir para teñidos, necesitan estar bien encalados para que reciban el color. Se echan en agua clara, se repelan, se les cortan las superfluidades y vuelven al agua: después se descarnan y vuelven otra vez al agua, en cuyo tiempo se les dará un par de manos por flor con cuchillo boto, y se meten en un tiesto con agua y salvado menudo, regulando por cada docena cinco cuartillos. Estando así ocho dias y dándoles en cada uno con una horquilla una vuelta, se levantan, advirtiéndose que si la estación es calurosa, se les ha de dar dos vueltas, porque el salvado con agua es muy ardiente.

Levantados, se les da una mano por la flor con cuchillo boto sobre la tabla, y se vuelven á otro tiesto con agua y salvado nuevo, en igual forma. Así estarán dándoles sus

(1) Pieles curtidas, suaves y endebles, que sirven para muchos usos.

vueltas diarias hasta que se hallen totalmente rendidos, lo cual se conoce en que tomando una pieza y levantándola con la mano, cuelga bastante, haciendo por la flor muchas arrugas: en este estado se les saca el salvado, dándoles una mano por carnaza, y se prensan, poniéndolos en unas tablas unos sobre otros, á fin de que suelten cuanta agua contengan, lo cual se consigue cargándolos con algún peso, y en esta postura permanecerán por seis días, dándoles en cada uno su vuelta.

Preparados así, se ejecuta el adobo, en esta forma. Se pone al fuego una caldera de agua de tamaño proporcionado á la cantidad de piezas, y si esta es considerable, se subdivide en varias veces. Por cada docena de baldeses se emplearán dos cubos de agua, dos libras escasas de piedra-alumbre, un cuartillo de sal, un puñado de moyuelo, desleído todo en agua caliente. Se mete en un tiesto el oficial, desnudo de medio cuerpo abajo, y en él va recibiendo el agua caliente, cuanto la pueda sufrir, y una partida de cascós, que meneará muy bien en este material, los repasa en el mismo, uno por uno, y quedan adobados. Para readobarlos, se ejecuta lo mismo con los de agujetería, que no necesitan tantas manos, tiempo ni cuidado; pero con los de guantería hay que hacer una pasta en esta forma:

Para cada docena de baldeses se toma li-

bra y media de harina, tres cuartillos de aceite y cuatro yemas de huevo: se bate todo muy bien, echándole el agua suficiente para que quede en una consistencia regular. En el referido tiesto ha de haber la cuarta parte de agua del adobo, y por cada manojo de baldeses, que constará de quince, echará en él tres cazolillas chicas de la misma pasta, que tendrá en una vasija inmediata á él.

Después, para rematarlos, se tienden á secar, y estándolo se rocían con agua y se sazonan dándoles un poco de sol, tendidos en el suelo. Luego se abren con un palete y se rasgan con la luneta, y con esta operación se hallan dispuestos para los colores.

882

De los colores.

Para que tomen bien los baldeses blancos el tinte, han de estar bien rendidos de salvado, bien encalados y labrados, adobándolos con poca sal, porque como queda dicho, es contraria á todo tinte; también han de estar bien raspados por la carnaza. Con estos antecedentes se tiñen del modo siguiente.

883

Morado.

Se hace de Campeche, picando muy menudito la porción que sea necesaria, según los baldeses que se han de teñir. Para cada docena se regula una libra, y para ella los cubos de agua, en la cual cocerá (después de haberlo tenido en infusión en la misma, cuatro días para que entre blando en la caldera), tres ó cuatro horas, hasta que quede el caldo en su cuarta parte y con la consistencia de tinta, que se haya hecho sin manipulación; se meten los baldeses en agua clara hasta que se remojen y rindan, y en caso de que en el readobado no les hayan echado huevos, los pueden recibir ahora, echando cuatro yemas batidas por docena, haciendo una pasta con la misma agua, dando tiempo á que la admitan bien. Al día siguiente se levantan y escurren, y estando tibia la tinta se echa en una cazuela y se meten uno á uno, haciendo que la reciban bien. Esta operación se hará con cada docena de por sí, añadiendo para la siguiente la tinta necesaria: luego se extienden en una artecilla, se tienden á orear, mientras se tiñen otros tantos del mismo modo con nueva tinta, y acabada la partida se da segunda mano y luego tercera, empezando por los primeros y más secos: estando ya cubiertos á satisfacción, se tienden,

y antes de secarse se recogen y doblan para que así reposen algún tiempo; después se les da un palete ó dos si lo necesitan, y se vuelven á tender; pero antes de estar del todo secos se les da otro palete: luego se deja que se sequen enteramente y se paletean, rematándolos con cepillo fuerte por la carnaza para que levanten el pelillo. Si alguno con estas maniobras quedase claro en su color, se le dará una ó dos manos de tinta á cepillo sobre la misma mesa donde se les levantó el pelo.

884

Color de perla.

En la tinta que resulta después de teñir los baldeses morados, se echa una porción de yeso mate, de modo que se haga como un engrudo líquido. Puesto el baldés ya húmedo sobre la mesa, se le da una mano igual por carnaza de esta tinta con cepillo y se pone al sol para que aclare el color, aunque si se apetece oscuro, se introducirá en la tinta menos porción de yeso, dándole otras manos después de enjuto para cada uno, pues de esta forma reciben más bien los colores. Dadas las manos necesarias, se paletean, y con piedra pómez se refina el color por igual, y se meten en prensa ó se cargan.

885

Azul.

En una cazuela con aguardiente ó con orines, se echa añil, regulando onza y cuarta por cada docena de baldeses. Estará en esta infusión dos días, en los cuales, se ablandará para poderse moler en piedra, donde se muelen los colores. Se batirá en ella muy bien, desliéndolo con agua para irlo echando en un barreño. Ya que se haya del todo disuelto, se echa en el barreño un poco de yeso mate y flor de agua de cal poco cargada, de modo que quede en buena consistencia, según se quiera el azul. Tiéndese el baldés en la mesa, y con un cepillo y por igual se va dando la tinta por la carnaza, poniéndolo á la sombra para que se seque, con cuya primera mano quedará azul celeste; pero si se quiere azul turquí, se le dará otra mano, estando seco de la primera; después se paleta por la flor para levantarle el pelo, porque el añil le aplasta mucho: luego se le da con un cepillo fuerte por la carnaza, y se prensa ó carga para que tenga mejor vista.

886

Verde.

En un barreño se pone media libra de cúrcuma molida con un cubo de agua y se mé-

nea bien, después se le añade un poco de añil remojado y molido, batiéndolo todo junto, hasta que la tinta esté á gusto, pues esto consiste en dar más ó menos añil, porque hay verde esmeralda, verde más bajo, verde rom. En este supuesto se hará la tinta, según corresponda al color que se desee. El modo de teñir los baldeses con este color, es lo mismo que con los azules.

887

Rosa.

Para recibir el baldés esta tinta, se cocerá un poco de gualda y con el caldo que resulta, bien colado, se le da el pie por carnaza con un cepillo: teniéndola ya, y hallándose seco y paleteado, se le da una mano de tinta del Brasil, que contendrá un poco de piedra alumbre de roca, bien molida y disuelta en ella. Estos baldeses reciben la tintura del mismo modo que los azules, acabándose como ellos; pero con mucho cuidado, porque este color es sumamente delicado. Con más ó menos manos de tinta, sale este color más ó menos subido.